

# ¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?

Una historia de las mujeres y la economía

KATRINE MARÇAL

Traducción de  
Elda García-Posada

**DEBATE**

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Título original: *Det enda könet*

Segunda edición: octubre de 2017  
Octava reimpresión: julio de 2024

Esta traducción ha sido publicada con el subsidio del Swedish Arts Council,  
al que agradecemos su apoyo

© 2012, Katrine Marçal  
Publicado por primera vez por Albert Bonniers Förlag, Estocolmo, Suecia.  
Publicado en lengua castellana por acuerdo con Bonnier Rights,  
a través de Kontext Agency, Estocolmo, Suecia  
© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:  
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona  
© 2016, Elda García-Posada Gómez, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

*Printed in Spain* – Impreso en España

ISBN: 978-84-9992-598-1  
Depósito legal: B-3.664-2016

Compuesto en Anglofort, S. A.  
Impreso en Liberdúplex  
Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

La economía es la ciencia que explica por qué el  
dinero es algo bueno.

WOODY ALLEN

## Índice

ADVERTENCIA . . . . .	11
PRÓLOGO . . . . .	13
1. En el que nos adentramos en el universo de la economía y nos preguntamos quién era la madre de Adam Smith. . . . .	19
2. En el que nos presentan al hombre económico y vemos lo tremendamente seductor que es . . . . .	29
3. En el que queda claro que el hombre económico no es mujer . . . . .	39
4. En el que nos damos cuenta de que nuestro pacto con el hombre económico no ha dado los resultados que esperábamos . . . . .	50
5. En el que añadimos las mujeres a la mezcla y agitamos . . . . .	63
6. En el que Las Vegas y Wall Street confluyen. . . . .	73
7. En el que la economía mundial se va al garete . . . . .	84
8. En el que advertimos que los hombres tampoco son como el hombre económico . . . . .	96
9. En el que resulta que los incentivos económicos no funcionan de forma tan sencilla como pensamos. . . . .	107
10. En el que razonamos que uno no es egoísta solo porque quiera más dinero . . . . .	118
11. En el que constatamos que uno menos uno sigue siendo cero. . . . .	128
12. En el que todos nos convertimos en emprendedores . . . . .	140

## ÍNDICE

13. En el que constatamos que un útero no es una cápsula espacial . . . . .	149
14. En el que descubrimos en el hombre económico una profundidad y unos miedos insospechados . . . . .	158
15. En el que observamos que el protagonista del gran relato contemporáneo tiene un único sexo . . . . .	170
16. En el que concluimos que cada sociedad sufre en consonancia con su grado de estupidez. Y, con ello, nos despedimos. . . . .	178
EPÍLOGO . . . . .	189
NOTAS . . . . .	197
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	207
ÍNDICE ALFABÉTICO . . . . .	217

## Advertencia

El protagonista de este libro es ficticio y no guarda apenas semejanza con ninguna persona viva o muerta. La realidad descrita en estas páginas no existe en la realidad. Las teorías económicas de las que el protagonista ha sido extraído tienen muy poco que ver con la vida real. Cualquier parecido que pueda encontrarse entre el lector y el protagonista es pura coincidencia.

Y se debe a que tú, lector, quieres ser como él. No a que seas como él.

## Prólogo

El feminismo y la economía siempre han tenido mucho que ver. Virginia Woolf quería una habitación propia, y eso cuesta dinero.

A finales del siglo XIX y principios del XX, las mujeres se unieron para exigir el derecho a la propiedad privada y a la herencia, el derecho de libre creación de empresas, el derecho a pedir préstamos, el derecho al trabajo, la igualdad salarial y, en definitiva, la posibilidad de mantenerse a sí mismas, de manera que no tuvieran que casarse por dinero, sino que pudieran, en su lugar, hacerlo por amor.

El feminismo sigue guardando una estrecha relación con la economía.

Durante las últimas décadas, el objetivo del movimiento feminista ha sido hacerse con el dinero y otros privilegios tradicionalmente acaparados por los hombres, a cambio de cosas menos fáciles de cuantificar como, por ejemplo, «el derecho a llorar en público».

O, por lo menos, así es como lo han explicado algunos.

Han pasado más de seis años desde el 15 de septiembre de 2008, esto es, desde el día en que el banco de inversión estadounidense Lehman Brothers se declaró en quiebra. En el curso de unas pocas semanas, numerosos bancos y compañías aseguradoras de todo el mundo hicieron lo mismo. Millones de personas perdieron sus empleos y sus ahorros. Mientras familias enteras se quedaban sin casa, los gobiernos caían y los mercados se convulsionaban. El pánico se fue extendiendo de un país a otro y acabó alcanzando

todos los aspectos de la economía, al tiempo que se tambaleaba un sistema que ya no podía dar más de sí.

Contemplamos pasmados el proceso.

Y es que lo que nos habían contado hasta ahora era que, si todos trabajábamos, pagábamos nuestros impuestos y nos quedábamos callados sin dar la lata, el sistema funcionaría por sí solo.

Vaya mentira.

Tras la crisis, no pararon de celebrarse conferencias internacionales, así como de publicarse libros que intentaban dilucidar qué era lo que había pasado y qué había que hacer al respecto. De repente, todo el mundo, desde los políticos conservadores hasta el Papa de Roma, criticaba el capitalismo. Se dijo que dicha crisis suponía la transición a un nuevo paradigma, que en adelante todo sería diferente. El sistema financiero global necesitaba un cambio, la economía debía regirse por nuevos valores. Corrieron ríos de tinta acerca de la avaricia, los desequilibrios globales y la desigualdad de ingresos. Nos cansamos de oír que, en chino, la palabra «crisis» se compone de dos caracteres: uno significa «peligro» y el otro, «oportunidad». (Algo que, por cierto, es incorrecto.)

Seis años después, el sector financiero se ha recuperado. Los beneficios, los salarios, los dividendos y las primas han vuelto al nivel anterior a la crisis.

El orden económico y el relato teórico que lo sustentaba, los cuales muchos pensaron que desaparecerían con la crisis, han resultado ser muy tozudos e intelectualmente robustos. La pregunta es: ¿por qué? Hay muchas respuestas. Este libro trata de proporcionar una determinada perspectiva sobre el tema, la del sexo.

Y no en el sentido que estará pensando.

Si Lehman Brothers hubiera sido Lehman Sisters, la crisis financiera no se habría desarrollado de la misma forma o no habría sucedido, según observó Christine Lagarde en 2010, cuando aún era ministra de Economía de Francia.<sup>1</sup> Aunque seguramente no lo dijo del todo en serio.

Audur Capital, un fondo de inversión privado islandés dirigido enteramente por mujeres, fue el único fondo de esa clase que

sobrevivió a la crisis sin apenas sufrir un rasguño, señaló Lagarde. Y hay estudios que muestran como los hombres con altos niveles de testosterona están más predispuestos a correr riesgos.<sup>2</sup> La asunción de riesgos excesivos es lo que provoca el hundimiento de los bancos y lo que hace estallar las crisis financieras; ¿significa entonces eso que los hombres tienen demasiadas hormonas como para controlar la economía?

Hay, sin embargo, otros estudios que muestran que las mujeres tienen al menos la misma predisposición a correr riesgos que los hombres, si bien solo cuando se hallan hacia la mitad del ciclo menstrual. ¿Son, pues, los banqueros masculinos semejantes a mujeres en el momento de la ovulación? ¿Es ese el problema? ¿Qué tienen que ver el ciclo económico y el menstrual?<sup>3</sup>

Yendo más allá, existen otros estudios que observan como las alumnas de escuelas solo para chicas son igual de propensas al riesgo que los chicos. Las chicas que van a colegios mixtos, en cambio, tienden a ser más prudentes. Dicho de otra forma, parece que las normas e ideas acerca de lo que tu sexo encarna en relación con el llamado «sexo opuesto» tienen relevancia. Por lo menos cuando el sexo opuesto está presente.<sup>4</sup>

Podemos bromear con ese tipo de cosas, o bien tomárnoslas en serio. En cualquier caso, hay un hecho indiscutible: Lehman Brothers nunca habría podido ser Lehman Sisters. Un mundo en el que las mujeres dominaran Wall Street sería tan radicalmente diferente del mundo real que su descripción no arrojaría luz alguna sobre este último. Sería preciso reescribir miles de años de historia para llegar al momento hipotético en que un banco de inversión llamado Lehman Sisters pudiera manejar su excesiva exposición a un sobredimensionado mercado inmobiliario estadounidense.

No tiene ningún sentido realizar el experimento mental de imaginar la situación. No es posible reemplazar, sin más, «brothers» por «sisters».

La historia de la relación entre las mujeres y la economía va mucho más allá.

El feminismo es una tradición de pensamiento y activismo



político que se remonta a hace más de doscientos años. Es uno de los grandes movimientos políticos democráticos de nuestro tiempo, independientemente de que se esté o no de acuerdo con sus premisas y conclusiones. Además, al feminismo ha de imputársele el que seguramente constituya el mayor cambio en el sistema económico ocurrido en el último siglo. O, según algunos, el mayor cambio jamás acaecido en dicho sistema económico.

«Las mujeres empezaron a trabajar en los años sesenta»; así suele contarse la historia.

Sin embargo, eso no es cierto. Las mujeres no empezaron a trabajar en los años sesenta o durante la Segunda Guerra Mundial. Las mujeres han trabajado siempre.

Lo que ha ocurrido en las últimas décadas es que las mujeres han cambiado de trabajo. Han pasado de trabajar en el hogar a ocupar puestos en el mercado laboral, comenzando a recibir una remuneración por su esfuerzo. Han pasado de trabajar como enfermeras, cuidadoras, profesoras y secretarias a competir con los hombres en calidad de médicas, abogadas y biólogas marinas.

Esto supone un cambio social y económico enorme; la mitad de la población ha trasladado el grueso de su actividad de la esfera doméstica al mercado. Hemos saltado de un sistema económico a otro sin darnos realmente cuenta del salto.

Al mismo tiempo, la vida familiar se ha transformado por completo. Todavía en los años cincuenta del pasado siglo, las mujeres estadounidenses tenían una media de cuatro hijos. Esa cifra se ha reducido en la actualidad a dos.

En Gran Bretaña y Estados Unidos, los patrones familiares se han ajustado en consonancia con el nivel educativo de las mujeres. Las mujeres con un nivel educativo alto tienen menos hijos y son madres más tarde, mientras que las mujeres con un nivel educativo más bajo tienen más hijos y más temprano.<sup>5</sup> En los medios de comunicación se caricaturiza a las mujeres pertenecientes a uno y otro grupo.

Por un lado, tenemos a la mujer profesional con un bebé chillando en su maletín; la mujer que esperó a los cuarenta para tener

descendencia y que ahora ni siquiera encuentra tiempo para cuidar de ella. Se la pinta como egoísta e irresponsable, como una mala mujer.

Por otro, está la mujer joven de clase obrera que vive en su vivienda de protección oficial, chupando del bote de las ayudas sociales como madre soltera. También se la considera egoísta e irresponsable, también es una mala mujer.

El debate acerca del colosal cambio económico que hemos experimentado con la incorporación de la mujer al trabajo suele empezar y terminar en este punto, aventurando opiniones acerca de cómo las mujeres, o las caricaturas de esas mujeres, deben encauzar sus vidas.

En Escandinavia, donde la sociedad invierte enormes sumas de dinero en atención a la infancia y donde las bajas por maternidad/paternidad (pagadas) son largas, los patrones familiares son más homogéneos, independientemente del nivel educativo de las mujeres. En general, la mujer escandinava tiene también más hijos. No obstante, incluso en estos afamados estados del bienestar las mujeres ganan menos que los hombres<sup>6</sup> y el número de féminas que ocupan puestos de responsabilidad en las empresas es menor que en otros muchos países.<sup>7</sup>

Hay por ahí una ecuación que nadie ha logrado resolver hasta ahora. Quizá es que ni siquiera tenemos todavía un lenguaje para expresarla, pero, sin duda, se trata de una ecuación económica.

A mucha gente la economía, con sus términos, su autoridad, sus rituales y su hermetismo aparentemente universal, le impone respeto. En la época que precedió a la gran crisis financiera nos instaron a dejar la economía en manos de los expertos. Se decía que ellos se encargarían de solucionarnos los problemas y que nosotros carecíamos de la capacidad de entender sus soluciones. Era una época en la que los dirigentes de los bancos centrales podían convertirse en estrellas, pues la revista *Time* los encumbraba a la categoría de «hombre del año» por haber bajado los tipos de interés como medida para salvar a la civilización occidental.

Esa época ha terminado.

Esta es la historia de una seducción. Vamos a ver cómo nos han inculcado insidiosamente una determinada visión de la economía hasta que ha llegado a formar parte de nosotros. Cómo se ha permitido que dicha visión predomine sobre otros valores, no solo en la economía global, sino en nuestra vida diaria. Es una historia acerca de hombres y mujeres corrientes que cuenta lo que pasa cuando insuflamos vida a juguetes que, entonces, se apoderan de nosotros.

Para hilar bien esta historia, tenemos que empezar por el principio.

## En el que nos adentramos en el universo de la economía y nos preguntamos quién era la madre de Adam Smith

¿Cómo llegamos a tener nuestra comida en la mesa? Esta es la pregunta fundamental de la economía. Puede parecer simple, pero en realidad se trata de una cuestión extremadamente compleja.

La mayoría de nosotros produce solo un pequeño porcentaje de todo lo que consumimos a diario. El resto lo compramos; cogemos el pan del estante del supermercado y la corriente eléctrica nos es suministrada a través de los cables de la luz en cuanto encendemos la lámpara. Sin embargo, para producir dos barras de pan y un kilovatio de electricidad es precisa la actividad coordinada de miles de personas en todo el mundo.

El agricultor que cultiva el trigo para venderlo a la panificadora; la empresa que vende bolsas para empaquetar el pan; la panificadora que vende pan al supermercado que, a su vez, nos lo vende a nosotros. Para que el pan nos esté esperando en el estante un, pongamos por caso, martes por la mañana, es necesario todo esto y, además, que haya personas que fabriquen y suministren herramientas a los agricultores, que transporten los alimentos a la tienda, que realicen labores de mantenimiento de los vehículos de transporte, que limpien los supermercados y desembalen las mercancías.

Todo este proceso ha de tener lugar más o menos en el orden correcto, respetando los tiempos y plazos, así como repetirse las veces necesarias para que los estantes del supermercado destinados al pan no se queden vacíos. Y lo mismo cabe decir no solo de las barras de pan, sino también de los libros, las muñecas Barbie, los